

EL SONIDISTA PUNTANO

Julio Lucero miró al profesor García, supo que un aplazo significaba no llegar a ser maestro. Suspiró penosamente pero comprendió que no sería honesto aprobar en sus condiciones: temor a hablar frente a otros; una timidez que se volvía fóbica en esas circunstancias, su voz flaqueaba y las mejillas se le coloreaban mientras gruesas gotas de sudor bajaban por su frente. Y aunque el profesor tuviera toda la intención de ayudarlo, era consciente de que no lo lograría.

Parado ante la clase con las piernas contraídas, tembloroso, tartamudeaba todo el tiempo y percibía la risa sofocada de los muchachos. Titubeó más, quería irse, esconder como el avestruz la cabeza en la tierra, pero se quedó hasta que García, apiadándose, dijo basta.

Tenía apenas veinte años cuando rindió para entrar en el Banco de San Luis, su ciudad natal, aún pequeña y de hábitos pueblerinos. Su tarea le pareció monótona, números y números, y dinero, que nunca le pertenecería.

Pasaron sus días, siempre iguales. Se casó, se divorció, volvió a sentirse enamorado varias veces, pero nunca se sintió feliz y ningún amor echó raíces. No tuvo hijos y en ese tiempo, tampoco deseó tenerlos.

La única satisfacción que descubrió, fue la de participar los sábados a la noche en distintas bandas de rock tocando la batería. Ese instrumento cuyo ritmo marcaba los tiempos de las guitarras, que le permitía la mayoría de las veces descargar toda la agresión contenida, y en otras, la ternura escondida en el suave “cepillado” de los platillos. Había aprendido simplemente por mirar desde niño a un tío que tocaba el instrumento, siguiendo con los pies los ritmos y practicando con tachos, ollas, tapas y todo lo que sonara parecido, a los que golpeaba sin piedad.

Ahora ya mayor, reunido con un grupo de aspirantes a músicos donde sobraban las palabras, tomaban y tocaban hasta pasado el amanecer y entonces, la desazón dominguera se volvía menos amarga, se atrevía a soñar, se proyectaba en un grandioso futuro como músico. Se sentía vibrar, se percataba de su cuerpo en movimiento, sentía la vida; y los sonidos se volvían colores que le hacían olvidar el gris cotidiano.

Los domingos a la tardecita acomodaba el traje; a veces se planchaba un pantalón para estar más presentable en el trabajo y así, los lunes enfrentaba la semana, esperando que los días pasaran rápidamente.

Un sábado de aquellos llegó a San Luis Minino Garay con su mujer, “la francesa”. Minino era un percusionista cordobés de trayectoria internacional y lo sigue siendo, actualmente tiene una banda propia en Francia y se presenta en toda Europa.

“La Cueva” lugar de reunión de cantores y trasnochados, de peñas y rock, de improvisaciones y modestos estrenos, fue uno de los lugares que Minino visitó. Esa noche se abrió paso entre el humo y las mesas, y dirigiéndose a Julio le dijo: “Dejame la batería y ocupate de los cables.” Y Julio dócilmente aceptó la propuesta que parecía más bien una orden.

Habitualmente, el artista cordobés trabajaba con diferentes tambores, pero ante su falta, empezó con lo que Julio había estado tocando. Con pulso fuerte y seguro improvisó ritmos en un solo maravilloso. Poco a poco se sumaron los otros instrumentos y Julio fue acomodando los receptores y se ocupó de la consola, intentando que se escuchara desde todos los rincones del salón.

Se dio cuenta entonces de que él era un simple aficionado, que le faltaban años luz para llegar a ese nivel.

Sin embargo, en un descanso, Minino le habló de sus condiciones para modular y discriminar los sonidos, de su oído atento para cada instrumento, micrófono o parlante y, en general, a lo que el tema interpretado requería. Le parecía una capacidad innata y lo fue convenciendo de este descubrimiento hasta que Julio pudo apropiarse de esa aptitud.

Siguió adelante con la idea y se inscribió en la universidad para alcanzar una tecnicatura.

Dejó el banco y todas sus energías se concentraron en el nuevo oficio hasta recibirse y convertirse en un solicitado sonidista que ahora viaja con músicos importantes por todo el país.

El placer que le produce la música, el ser responsable de que un espectáculo salga perfecto, controlando minuciosamente cada detalle, lo llena de la adrenalina necesaria para escapar de su vida solitaria.

Así como Minino desde Córdoba alcanzó su sueño de ser un músico internacional, él anhela algún día ser el sonidista de los Rolling Stones.